

# Sagrado y mercancía\*

Christian Ferrer\*\*

## UNO

En una antigua tragedia griega una esfinge aguardaba a los caminantes ante la entrada de la ciudad a fin de arrojarles una pregunta enigmática. Quien no acertaba a ofrecer la respuesta precisa, era devorado. Aquella antigua ciudad – irreal, mítica, imaginada, o auténtica y ya perdidas sus ruinas – se sigue replicando aún en el molde histórico de nuestras propias ciudades. Pues toda ciudad responde y obedece a una idea trascendente, a un mito basal o a sus despliegues culturales plebeyos. O bien responde y obedece a la usura financiera, la explotación de los trabajadores y a la necesidad tecnificada de sus políticos y administradores. Pero en ambos casos, obedece. La creación cultural, la deliberación ética, el despliegue político de una comunidad, la elevación de la vista hacia ideales más trascendentes, es consecuencia de la pugna siempre inconclusa entre las dos exigencias de obediencia. Es decir, que la historia de una ciudad o, para el caso, de una cultura global, es la historia de las posibilidades existenciales que ella habilita u obstruye a sus habitantes a través de esa tensión tan incesante como insostenible. *Esa pugna asume la forma de una pregunta.* La esfinge urbana propone interrogantes casi insolubles a sus habitantes, en especial sobre el dinero, el futuro y el deseo. En rigor, y en cada una de las preguntas dirigidas hacia una parte específica, el todo que las concierne es siempre el asombroso acontecimiento de la existencia. Y toda ciudad desdobra y distribuye ciertos recintos y rituales a fin de *comprender provisoriamente* esos enigmas. A modo de ejemplo, prostíbulo, estadio de fútbol y sala de cine acogen las preguntas lanzadas por el deseo, la guerra y la fantasía, pues toda cultura urbana resulta ser psicofísica antes que funcional. A su turno, llamamos “arte” a uno de los desdoblamientos urbanos – donde “urbe” significa “un mundo” – que la población, por una hondísima

---

\* Comentarios a las ideas de Renato Ortiz sobre dos modelos de universalismo.

\*\* Sociólogo e ensaísta, professor da Faculdade de Ciências Sociais, Universidade de Buenos Aires. Foi membro do grupo editor das revistas *Utopia*, *Fahrenheit 450*, *La Letra A*. É autor, entre outros, dos livros *El lenguaje libertario* e *Antología del pensamiento anarquista*.

necesidad, generó a fin de dar respuesta a interrogantes fundamentales de la existencia. Y asimismo, llamamos “religión” no tanto al desdoblamiento urbano que asume la forma de “templos” o de “iglesias” sino quizás a la horma misma desde donde se erigen culturas, y que a su vez determina las grandes cuestiones existenciales que la esfinge traduce a pregunta y que están habitadas por la muerte, el nacimiento, la ruina, la esperanza, la alegría, el dolor, la abundancia del mundo, el horror, la presencia de otro rostro, la ausencia de otro rostro. En otras épocas, las preguntas no superaban el linde de la aldea o del lenguaje cerrado de una nación. Pero hoy la esfinge es cosmopolita y políglota; habla en todas las lenguas y se establece en todos los puntos cardinales a la vez. Pero aquí o allá, las preguntas siempre tratan sobre la naturaleza humana.

La forma del mundo ha sido imaginada de muy diversas maneras. Al menos, en Occidente, es fácil reconocer las figuras del jardín de edén, el infierno, el desierto, el País de la Cucaña, el paisaje de factorías, la naturaleza virgen, la jungla urbana. Metáforas, todas, de las diversas experiencias históricas y ontológicas que han sellado la suerte de los hombres; alguna de ellas en épocas ya casi olvidadas. Hoy es habitual que se imagine la forma del mundo bajo la figura de la “red” y que ésta misma sea acompañada por su correlato ideológico llamado “globalización”. La red no es imaginada solamente como metáfora; se la experimenta como entramado material. Por su interior no se hacen discurrir preguntas sino – mayormente – certezas proferidas con voz de vendedor de tónicos para cabellos y con petulancia de reciente egresado de un campus universitario del primer mundo. Todas las otras metáforas mencionadas clamaban por un redentor o bien eran espejismos cuya futura cristalización consolaba a los sufrientes por anticipado. Pero mientras la red se expande como presencia tecnológica y guía telefónica de la ciudadanía mundial, la antigua esfinge está siendo olvidada, y solo un monumento dañado en el desierto egipcio recuerda a los turistas que alguna vez una cultura erigió esa figura que la razón recupera bajo el adjetivo de quimera. Sin embargo, a quien ingresa a la ciudad actual no se le priva de la carga de angustia ni de la cruz que a cada cual corresponde, peso doblemente agravado en tanto y en cuanto los habitantes son incapaces de escuchar, aún débilmente, el run-run de la vieja esfinge, que ya no aguarda a la entrada de la ciudad. El fácil ingreso actual a la urbe por medio de sus vías circulatorias produce la ilusión acústica de la ausencia de esfinge, algo lógico en una época que se precia de haber desbaratado esos mitos. Pero si se escucha atentamente, se descubrirá que ella se ha metamorfoseado en la ciudad en sí misma.

## DOS

Cuando una palabra hace irrupción en los lenguajes de periodistas, tecnócratas, intelectuales y políticos por igual, nos hallamos ante una curiosa coincidencia pública, que muchas veces alcanza aún a quienes se consideran opositores unos de otros. Cuando esa palabra, además, concita imágenes de perfección (globo, esfera, ciudadanía internacional, intercomunicabilidad) la imaginación colectiva tiende a fascinarse con estos nuevos planisferios tácitos y con sus atractivos símbolos, mucho más cuando los puentes de la memoria de un mundo anterior dejan de usarse, e incluso se derrumban. En fin, las ilusiones y espejismos siempre han asumido la forma idílica del oasis. Pero la propagación de imágenes perfectas no es nueva. Ya los primeros globos terráqueos, contemporáneos a Colón, reorientaron la mirada de la gente cultivada. Por entonces, los mapamundis dejaron de incluir el paraíso y el infierno como “lugares” a ser tenidos en cuenta por el observador, y Jerusalén dejó de ser ubicada en el centro del Atlas, como era costumbre. Ahora bien, los procesos mundiales que han quedado abarcados en el concepto mágico “globalización”, y a pesar del intenso machaconeo publicitario que lo reclama recientísimo, novedoso y multiétnico, tienen una historia. Esa historia determina la sustancia y la dinámica globalizadora de la actualidad, pues ningún proceso histórico habilita a pensar que los cuatro puntos cardinales actúan de acuerdo al modelo de la “igualdad de oportunidades”. Esa historia nos remontaría algunos siglos hacia atrás y haría evidente la onda expansiva europea hacia los siete mares, cuya cresta de ola anterior asumió la figura y forma del imperialismo a fines del siglo XIX. El impulso no se ha detenido, aunque quien solo perciba el retorno de los flujos que han rebotado contra los confines del mundo puede perder de vista que el punto de impacto de la piedra en donde se inició la marea sigue en el mismo lugar. La primera aventura global, que alimentó la imaginación europea comenzó con el viaje de Magallanes y está culminando, por el momento, con el navegar del usuario por la guía telefónica de Internet. Un momento literario significativo de este proceso lo constituyó la publicación de *La vuelta al mundo en ochenta días*, de Julio Verne, cuya jornada total comenzaba y finalizaba en Londres, entonces capital del mundo. Pero ni “norte” ni “sur” existen como realidades físicas, salvo que consideremos a la ciencia geográfica bajo la figura del compás político. Del mismo modo, los sistemas de numeración y cálculos ligados a los mercados locales y a las formas de clasificación tribales no se vieron sustituidos «espontáneamente» por el actual sistema numérico, al cual los economistas liberales pretenden

«perfecto, democratizador y universal». Para ello fueron necesarias las diversas formas de despliegue de la economía europea por el mundo. Es decir, violencia política y cultural. Y militar. Del mismo modo, la adopción en 1884 de la línea que pasa por el Observatorio de Greenwich como referencia para medir la longitud suponía un triunfo geopolítico y no meramente un hito simbólico. En fin, toda ciudad se ensancha a partir de una piedra basal. Estos datos y puntualizaciones parecen obvios, pero tal parece que, de aquí en adelante, será necesario recordarlos, y enfatizarlos, una y otra vez.

Hoy, la palabra “global” parece disponerse al entendimiento como un desideratum “humanista” y funcional, la última estación de una vía férrea que conectaría el inicio con el final de la línea. En el repiqueteo con que periodistas, políticos e intelectuales tañen a la palabra “globalización” retumba por lo bajo un tono de amenaza, de obligación, de irreversibilidad, de naturalidad indiscutible. Tanto podría tratarse de un ultimatum. El proceso de globalización no solamente reorganiza espacios sociales y modifica los tiempos antropológicos —cabría decir: *los aplana*—; también despliega una imagen de mundo al interior de cuyos confines una forma de vida se hace formulable. Esa imagen abre un mundo en que se hace posible la vida, pero a la vez cancela otros modos de experimentar los bienes humanos. Y mientras más ese mundo se abre como imagen, más se retrae la experiencia sensorial del mundo inmediato. Cuando en 1783 los hermanos Montgolfier lograron elevar un globo tripulado sobre París, la ciudad se ensanchó ante sus ojos como una postal plana. Imagen global de la urbe que preanunciaba a los actuales satélites geodésicos, capaces de fotografiar la tierra con resolución de 5 metros. Pero este tipo de imágenes, tanto como la obsesión por la cronometración, suponen una logística desencarnada. Un día de 1957 un satélite llamado Sputnik se elevó de la tierra hacia el espacio y circunnavegó el planeta a una velocidad hasta entonces nunca experimentada. Poco después, ante los ojos de un hombre llamado Yuri Gagarin, el planeta se develó como una película circular, pasada en cámara lenta, aunque curiosamente, el aparato que permitía “medir” la tierra era minúsculo y acelerado. Algo había sido conquistado y no necesariamente, en primer lugar, el espacio. No es un dato menor que Gagarin fuera incapaz de escuchar ninguna música de las esferas. La imagen global había logrado que la abundancia de la tierra se comprimiera. En el siglo XVI las caravanas de la seda que peregrinaban desde la lejana Cathay tardaban meses en llegar a Samarkanda, y algunos más hasta alcanzar Europa. En ese tiempo, a un evangelista le llevaba años, o siglos, establecer

una cabeza de playa para una creencia religiosa, y mucho tiempo más para traducir una porción de un libro sagrado a una lengua retraída poco menos que como una runa. Hoy, la imagen de una mercancía tarda un instante en hacer impacto sobre una audiencia o mercado consumidor. ¿Qué ha cambiado? ¿Es la aceleración un valor? ¿Son comparables ambas expansiones?

### TRES

La antigua *propaganda fide*, la propagación de la fe, ha sido sustituida por la publicidad de mercancías, efecto también, querido o no, de la ilustración y la ciencia moderna. Antes de la modernidad, la causa de la lenta expansión de las creencias cristianas no sólo respondía a las restricciones al movimiento impuestos por los vehículos entonces existentes y al difícil trabajo de “conversión” de pueblos hasta entonces vírgenes de relatos sacros y liturgias monoteístas (obstáculos que enfrenta también hoy la “persuasión” propagandística de índole comercial o política) sino también a las complejidades que son intrínsecas a todo trabajo espiritual y de construcción de “almas” en sociedades que no necesariamente estimaban la celeridad del movimiento sino, más bien, *su desaceleración*. Pues si sólo se tratara de sopesar dos modelos de expansión de “universales”, el religioso y el capitalista, si solo se tratara, entonces, de entender sus etapas históricas y las causas de la preeminencia de uno sobre el otro, y a la vez, de analizar el modo en que uno revive y opera a modo de “contrapeso moral” a pesar de que el otro no ceda en su impulso expansivo, y quizás justamente por eso, no podríamos comprender la especificidad del sentimiento religioso y a la vez la especificidad del fetichismo de la mercancía. Dicho de otra manera: mediante el “packaging”, el diseño y la publicidad comercial de la mercancía los seres humanos participan de formas degradadas del consuelo – en este sentido, la mercancía constituye una moral – y mediante la cruz, las efigies de dioses, o por caso, la bandera negra o la hoz y el martillo, participaban de un orden distinto. Esos símbolos eran bisagras del orden salvífico. Como consecuencia de la supremacía del mundo transformado en mercancía, los seres humanos invierten siglos de esfuerzos inmensos que los orientaban hacia el ascenso espiritual. En su movimiento ahora descendente, la vista se envilece y el mundo, consiguientemente, se afea. La expansión de Europa – y Estados Unidos es una continuación de la modernidad europea por otros medios –, y la actual “ampliación” del mundo por el capitalismo y la técnica, han llevado al ocaso de profesiones, oficios, modos de relatar, modos de creer. Ocaso no sólo significa victoriosos y perdedores, también significa derrumbamientos y ensalzamientos de *modos de ser en el mundo*, que

no pueden ser reducidas a meras creencias identitarias, pues considerada desde puntos de vista sociológicos y políticos la religión podría operar, efectivamente, a modo de platillo de balanza ético a la pragmática de la globalización economicista y técnica. Sería algo parecido a la cara buena de un sistema único, una vez desvanecido el orden soviético. Pero esto es jugar con distintos palos de la misma baraja.

¿Por qué lo sagrado tendría sentido aún? ¿Son conmensurables el ecumenismo religioso y la globalización capitalista, matrices universales ambas? El interrogante hace a la esencia del problema, pues si se analizara a las Iglesias tanto como a las Empresas como “burocracias” cuya amplitud de miras abarca a toda la humanidad y cuyo campo de acción al globo entero, ambas serían muy parecidas, por más que una de ellas esté movilizada por pastores y la otra por lobos. Es evidente que las diferentes expansiones europeas (la evangelizadora, la mercantil, la imperial, la obrerista, la migratoria, la cosmopolita) han seguido las mismas rutas y se articularon unas con otras. Ahora, el estilo populista internacional de corte norteamericano transporta al mundo mitos del consumo, y son tan poderosos como los emblemas religiosos y las historias de santos lo eran en una época anterior. Pero la actual globalización, habitualmente desgajada en sus rubros culturales, económicos y políticos, es impensable sin su matriz técnica. En alguna medida, el intento de diferenciar un impulso bueno y saludable – cosmopolita – y otro malo y estamentalizador – económico – es ilusorio. ¿Qué tipo de valores genera este despliegue? La técnica – ya dijimos, osamenta del proceso – no es capaz de generar valores, tan sólo nos conduce a otro nivel de organización de tiempo y espacio. Pero si la globalización no puede generar valores “más altos”, lo sagrado sí. Justamente por eso, la técnica, y desde hace ya mucho tiempo, ha tomado como enemigo al creyente. Evidentemente, las diferentes iglesias, entendidas únicamente como sociedades de socorros mutuos y como dadoras de identidad colectiva, no son necesariamente rivales de la globalización, sino sus suturadoras, sus “farmacopeas homeopáticas”. Pero la fe podría ser algo más que eso. No una moral en lucha con otra, sino un ideal humano distinto que afirma la esencial presencia de algo sagrado en cada ser nacido.

## **CUATRO**

Una dificultad que enfrenta toda “teoría de los contrapesos” reside en su voluntad de reconciliar ordenes del mundo inencastrables. Otra dificultad consiste en su ambición de insertar en los platillos de una balanza bienes humanos incomparables. La reconciliación supone un acuerdo previo

entre contendientes que estipula y codifica la “buena voluntad” de llegar a algún tipo de acuerdo. Y lo que no es comparable lo es justamente porque hay bienes humanos no reducibles al formato de la mercancía, y por lo tanto, no estimables, no calculables, como tales. El ideal armonizador exige una percepción de los movimientos culturales y políticos de la actualidad como vaivenes cuyos devenires serían semejantes a los de un péndulo, de modo tal que tiendan hacia una suerte de equilibrio, al junto centro, y para ello poderes en cantidad distinta necesitan entablar negociaciones implícitas o explícitas. ¿Pero que ocurre cuándo las cualidades son distintas? Sagrado y mercancía son, en verdad, ordenes que se miden todo el tiempo, pero que no se confunden uno con el otro, ni uno en el otro, ni se reparten previamente el terreno de lucha para llegar un punto óptimo de tensión. Es verdad que si uno de ellos se debilita o ingresa en el ocaso o es olvidado, el otro extiende su campo de acción ilimitadamente. “Extender” el campo de acción significa transformar a los bienes del mundo en mercancía, y no tanto expeler nuevas mercancías, proceso inmediatamente posterior. En ese caso, las diversas iglesias operan como “bisagras”, como equilibradoras del mercado, como sustitutas del rol que el Estado y la idea de nación dejan vacante. Pero en tanto lo que tiende de lo menos espiritual a lo más espiritual y aquello otro que tiende de lo más espiritual a lo menos espiritual solo se miden y no se hibridan, entonces solo importa la fuerza humana que fabrica, calibra y sostiene al fiel de la balanza, y no tanto las dosis de universales expansivos que son depositados en cada uno de los platillos.

## CINCO

La religión no se me aparece a mí como un cinturón sociológico, sino como modo de contacto somático y espiritual con los grandes enigmas. La muerte, el nacimiento, la perseverancia, la ruina, el horror, la alegría, el sufrimiento, la abundancia del mundo, la presencia de otro rostro, son experiencias todas ellas acogidas, como aves perdidas que encuentran un nido providencial, por la fe, y por los saberes que se han ido desplegando desde ese núcleo germinal a lo largo de miles de años. La religión sería entonces una horma fundante de la persona y de la comprensión de la sorprendente existencia de los otros. Es a partir de esos enigmas que ella acoge, aún cuando no ofrezca necesariamente respuestas identitarias, que disponemos del sentido de lo trascendente en nuestras vidas, sin el cual el portentoso lapso de tiempo que nos es dado para permanecer aquí se empobrecería y se marchitaría sin remedio. Y es por eso que ella puede fundar un modo personal (donde la palabra “personal” es sólo una

aproximación, una palabra por otra de la cual no sabemos aún el nombre, o que no podemos manifestarlo, si es que existiera ese nombre) de orientarnos hacia lo sagrado. El Maestro Eckhart escribió que “el mismo ojo con que miro a Dios, es el ojo con que Dios me mira a mí”. Esto no es reducible a percepción “opíacea” del mundo, pues la percepción de Eckhart no se encastra con el orden de la representación, como sigue aún siendo el mundo que la globalización despliega como imagen, sino con un radical modo de ser en el mundo. Por eso mismo, la religión no sólo despliega creencias religiosas o fundamenta morales tradicionales que brindan identidad y lazos comunitarios ahora desbaratados por el espectáculo y la mercancía. La religión no debe ser entendida como “eficacia simbólica compensatoria” en un mundo despiadado. Es algo más. Ese “algo más” es un resto inasimilable por los discursos y prácticas de la globalización, y no es reducible al mundo de la mercancía, pues “mercancía” no significa nuevos bienes culturales al alcance de todo el mundo, significa que todos los bienes del mundo están siendo tasados y formateados en mercancía. Ese don – aún si lo fuera de la imaginación humana –, ese misterio tremendo, el resto enigmático, es justamente una respuesta apenas audible al enigma, a las preguntas que la esfinge nos lanza cada día que despertamos en el mundo.

**As publicações da UNESCO e a revista  
*Comunicação&política*  
também podem ser encontradas em Madri**

**Centro de Recursos Documentales y Informáticos/  
Organización de Estados Iberoamericanos**

Bravo Murillo, 38 – Madrid

Tel.: 915944382 – Fax: 915943286

e-mail: [credi@oei.es](mailto:credi@oei.es)